

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 14 Abril 1906.

Núm. 15.

Catequística.

Jesucristo es Dios verdadero.

Es este el punto más interesante de la Doctrina cristiana y la verdad más fundamental, en orden á nuestro intento, de la Religión católica. Porque, una vez demostrada la existencia de Jesucristo, y probado, á la par, que Jesucristo es verdadero Dios, tenemos ya base indestructible sobre qué apoyar la existencia de las demás verdades enseñadas por el mismo Jesucristo; ya que, siendo Dios, ni puede engañarse ni engañarnos; tenemos absoluta seguridad de la veracidad de las Sagradas Escrituras, porque, por una parte, Jesucristo declaró en varias ocasiones que ellas eran obra de Dios, y, por otra, adornó á la Iglesia católica del don de la infalibilidad para definir qué libros fueron obra de escritores inspirados y cuáles no; y tenemos, por último, la Iglesia católica, sociedad fundada por el mismo Jesucristo, depositaria de las enseñanzas de Dios, intérprete auténtico de los libros y tradiciones sagradas é infalible maestra en materias de fe y de costumbres.

Dijimos antes que el ser Jesucristo verdadero Dios era la verdad fundamental de la Religión católica, y dijimos que lo era *en orden á nuestro intento*; pues nuestro intento es explicar la doctrina cristiana, cuya explicación supone otras muchas verdades más fundamentales del orden natural y puramente racional. Así, pues, el ser Jesucristo verdadero Dios es lo más fundamental en el orden cristiano, pues Jesucristo es la fundamental piedra de toda la cristiana economía. Pero en el orden absoluto fácil-

mente se comprende que, antes de llegar lógicamente á esta verdad: *Jesucristo es verdadero Dios*, hay que conocer nuestra propia existencia, y por ésta conocer la existencia del mundo; y valiéndonos de este mundo, deducir la existencia de Dios, y por la palabra de Dios saber que fué el hombre elevado á un orden sobrenatural de justicia y santidad primitivas; que cayó de ese dichoso estado por el pecado de Adán, llamado pecado original; y que, para reparar el daño de ese pecado, fué prometido por Dios un Libertador ó Redentor del género humano.

Por ser esta verdad la más fundamental en el orden cristiano, en cuanto tal, quisiéramos acertar á esclarecerla con grande abundancia de luz y con argumentos inteligibles para todos los fieles, á la par que adornados de tanta solidez que persistieran inmovibles á los más rudos embates de la impiedad y de la herejía.

Los argumentos realmente son así: indestructibles y llenos de refulgente claridad; y nada perderán en el fondo de su solidez y brillo por la torpeza de nuestra pluma, pero pudieran perderlo en sus accidentales apariencias y subidos matices. Y eso es lo que, á pesar de nuestra ignorancia, deseáramos á todo trance evitar, y procuraremos poner al efecto los medios que están á nuestro alcance.

Para poder probar, según las reglas del buen discurso, que Jesucristo es verdadero Dios, tenemos necesidad, ó bien de demostrar, ó bien de dar por admitidas, á modo de postulado religioso, ciertas verdades en que aquélla se apoya. Es la primera, la que se refiere al concepto de Dios, á la idea verdadera de lo que Dios es en sí mismo; es la segunda, la existencia de Dios, pues, ya que se trata de saber si Jesucristo fué Dios, preciso es saber lo que es Dios, y saber que realmente existe; y es la tercera la relativa á la distinción entre el Dios verdadero y los dioses falsos; pues, aunque en realidad, los dioses falsos no existen ni pueden absolutamente existir, porque sería el mayor de los absurdos, existen y han existido en la errónea creencia de los hombres insensatos; ó, mejor dicho, ha habido y hay un número, por desgracia harto subido, de infelices que tienen por dioses á lo que no es Dios, y tributan honores y culto divinos á lo que no es más que un pedazo de madera ó de metal; obra de las manos de los hombres, como dice el Real Salmista (1), y simulacros del demonio.

(1) 134, 15.

En este momento no nos podemos detener á demostrar por extenso la existencia de Dios, ni á explicar su naturaleza, ni á probar que son falsos, ó falsamente tenidos como dioses, todos los seres diferentes del Dios verdadero, que es á la vez Dios único; pero sí necesitamos dar algunas nociones sencillas, y genuinas, de la naturaleza ó idea de Dios, y alguna también sencilla prueba de su existencia, indicando á la par sus principales atributos; dejando, por tanto, para su oportuno lugar el tratar estas cosas con la merecida claridad y detenimiento.

«Dios, dice el Padre Ripalda, es un ser infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas». Traemos esta definición, no porque sea del Padre Ripalda, sinó porque ella es la expresión fiel de lo que la generalidad de los hombres, y aun pudiéramos decir la humanidad entera, entiende por Dios. Siempre, en efecto, han creído los hombres, aun los más ignorantes, y esto tanto entre los cristianos como entre los gentiles, que Dios es un ser grande, poderoso, sabio, superior al mundo visible, y muy superior al hombre; Autor, dueño y gobernador de todo lo existente. En ese concepto común y harto vulgar está contenida, en sustancia, la verdadera idea científica de Dios.

Pues, según los sabios, Dios es un ser que existe por razón de su misma esencia, ó sea, que tiene en su naturaleza ó esencia la razón absoluta y necesaria de su misma existencia; y, por tanto, que es un ser necesario con absoluta necesidad; y, por ser necesario, es también eterno, y es único, y es perfectísimo en toda clase de perfecciones, y es, por igual razón, inteligente, sabio, santo y todopoderoso.

No tiene Dios, pues, necesidad alguna de crear el mundo, porque se basta á sí mismo, y como sólo El es eterno, y sin principio, nadie hay que le pueda imponer obligaciones ni hacer violencia para crear cosas fuera de El. Por eso es que, dado que existan otras cosas que no sean Dios, es necesario que tales cosas sean obra de Dios, que las creó de la nada con un acto de su libre voluntad. Y, habiéndolas creado El, él es absoluto Señor de ellas, y el que las gobierna con su amorosa Providencia, y las conduce por los caminos de sus leyes á sus determinados destinos.

De modo que tenemos, que esta noción esencial, añadida á los principales atributos absolutos y relativos de Dios, nos da la definición y el concepto de Dios usual entre el común de los

hombres. Mas, porque lo sensible es lo que primero nos llama la atención, y es lo que sirve á la vez de punto de partida para nuestros discursos, con los que demostramos la existencia de un eterno Creador, por eso es por lo que el concepto más rudamentario y más sencillo, y creo que el más común de Dios es el de un ser que desde las alturas del cielo gobierna el mundo, y tiene, por modo especial, cuidado de los hombres. Así lo entendió Santo Tomás; pues dice: «El nombre de Dios (y también la idea por el nombre significada), se deriva de la universal providencia de las cosas. Porque todos, al hablar de Dios, se proponen llamar Dios á lo que tiene providencia universal de las cosas todas» (1). Para complemento de estas nociones y para recabar para nuestro escrito la autoridad científica (2) de que nosotros carecemos, ponemos aquí la idea de Dios consignada por el Concilio Vaticano. La cual es como sigue: La Santa Iglesia, Católica, Apostólica, Romana, cree y confiesa que hay un solo Dios verdadero y vivo, Criador y Dueño del cielo y de la tierra, Omnipotente, eterno, inmenso, incomprendible, infinito en entendimiento y en voluntad y en toda perfección, el cual, siendo una sustancia espiritual, singular, completamente simple é incommutable, hay que confesar que es real y esencialmente distinto del mundo, felicísimo en sí y por sí mismo, é inefablemente excelso sobre todas las cosas que existen y pueden concebirse fuera de él» (3).

Tenemos que Dios es, como dice el Catecismo del Padre Astete, lo más excelente y admirable que se puede decir ni pensar: «Un Señor infinitamente bueno, poderoso, sabio, justo, principio y fin de todas las cosas», y remunerador de los buenos, y castigador de los malos.

Todo lo precedente lo aplicamos los cristianos á Jesucristo, y es lo que queremos decir cuando creemos y afirmamos que Jesucristo es Dios, como lo es en realidad. Y, como este Dios, así entendido, es el Dios verdadero, ó, mejor dicho, esa es la idea verdadera del verdadero Dios, idea que lleva en su esencia la unidad de Dios, y la imposibilidad, por tanto, de que pueda haber más dioses que uno solo, al afirmar que Jesucristo es Dios verdadero, decimos que es ese único Dios existente y real que, siendo

(1) *Sum. Theolog.* 1.º q. 13, a. 8, c.

(2) Por ahora prescindimos de la autoridad sobrenatural del Concilio, por las razones que arriba van indicadas.

(3) *Constit. Dogmt. de Fide*, cap. 1.º

eterno, creó el mundo en el tiempo ó con el tiempo y lo gobierna con su sabiduría y omnipotencia. Con lo cual queda hecha la absoluta y esencial distinción entre Jesucristo y los falsos y mal llamados dioses de la gentilidad, y queda establecida la infinita superioridad y excelencia de Aquél sobre éstos.

(Continuará).



Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica de Resurrección.

Ningún hecho tan trascendental en la vida de Jesucristo como el de su gloriosa Resurrección. La Iglesia, para expresarnos gráficamente la importancia que en el orden de la fe tiene la Resurrección de nuestro divino Salvador, la presenta en su Liturgia, como el astro mayor á cuyo rededor, cual satélites que de él reciben su luz, giran todas las otras festividades religiosas.

Y es porque la Resurrección de Jesús es el principal fundamento de nuestra fe; y en ella, como en admirable síntesis, hallanse condensados los dogmas todos de nuestro Credo.

Nada, absolutamente nada creemos en la fe católica que no se refiera de algún modo á la humanidad ó á la divinidad de nuestro adorable Salvador, divinidad y humanidad que quedan plenamente demostradas con el hecho de la Resurrección. Porque si Cristo resucitó tuvo antes que morir, y si murió fué *hombre*; y, por otra parte, si Cristo resucitó, fué, ó por su propia virtud, y por consiguiente era *Dios*, ya que sólo Este puede obrar tal milagro, ó es el mismo Dios quien le resucita, y entonces Dios es también quien con tan estupenda maravilla viene á sellar y á confirmar como propia la doctrina enseñada por Aquel que, no una, sino varias veces, afirmó de sí mismo ser Dios é Hijo de Dios.

La Resurrección, pues, de Cristo nuestro Señor, evidenciando su divinidad, es prueba perentoria, demostrativa é irrecusable en favor de los misterios, de la doctrina y de los milagros por Él obrados. Porque si Cristo es Dios, sus milagros no serán simples ilusiones de los sentidos de los discípulos que le siguen, su doctrina deberá ser por todos admitida, y los misterios por Él predicados estarán *sobre* pero no *contra* la humana razón. Luego la

Resurrección de Jesús no sólo sintetiza los dogmas todos de nuestra fe, sino que, además, demuestra evidentemente la racionalidad de la misma (1).

Esto mismo quiso significarnos nuestro Salvador cuando, apelando al hecho futuro de su Resurrección como á la principal prueba y argumento de su divina misión entre los hombres, dijo (2): «La generación mala y adúltera pide un milagro y no se le dará sino el del Profeta Jonás. Porque de la misma suerte que éste estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así también el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra».

Puede Dios comunicar á sus criaturas la virtud ó poder de obrar milagros. Muchos Santos conocemos por la Historia que han obrado toda clase de prodigios, dando vista á los ciegos, movimiento á los tullidos, oído á los sordos, paz á los endemoniados, y hasta vida á los muertos; pero ninguno ha existido que haya profetizado su propia Resurrección, ó se haya resucitado á sí mismo. Y es que, aunque todos los milagros son obra de Dios y pruebas aducidas por Dios mismo en favor de aquella doctrina ó institución que los tiene, sin embargo, el milagro de la propia Resurrección estaba *especialmente* ordenado y dirigido por Cristo á ser como el sello distintivo y característico de su divina misión.

No debe, por tanto, extrañarnos que los modernos racionalistas, con Paulus, Strauss, Renán, Draper y Salvador á la cabeza, dirijan todos sus ataques contra el hecho histórico de la Resurrección de Jesús. La tendencia y aspiración á esa unidad sintética, que es el supremo *desideratum* de todas las ciencias en nuestros días, ha ejercido también su influencia en las controversias religiosas modernas, y así, en vez de los ataques parciales á algún dogma determinado, combátese hoy el mismo fundamento de nuestra fe, para de un solo golpe destruir y pulverizar los dogmas todos que creemos.

Convencidos como están los impíos de estos tiempos de que todo el edificio de la fe vendría al suelo por falta de base y cimiento suficientemente sólido si lograran borrar de la Historia la Resurrección de Jesús, levántanse contra ella con saña y furor tales que, preocupados sólo en atacar, descuidan su propia de-

(1) 1.^a Cor., cap. XV, v. 14, y cap. V, v. 14 y sig.

(2) Ev. S. Mat., cap. XII, v. 39 y 40.

fensa y pónense en ridículo, de tal suerte, que sus ataques provocarían á risa si no fuera tan triste ver la obstinación con que esos hombres pretenden hacer enmudecer testimonio tan elocuente en favor de nuestra fe, como el de la Resurrección de nuestro adorable Salvador.

Fuera tarea larga y enojosa por demás enumerar todos y cada uno de los argumentos, todas y cada una de las dificultades que presentan los racionalistas contra el hecho de la Resurrección. Pero, bien analizadas, vese fácilmente que se reducen todas á dos. Unas veces, partiendo de la absurda y arbitraria hipótesis de la repugnancia del milagro, concluyen que la Resurrección es imposible y afirman que todos los que la atestiguan eran unos histéricos é ilusos; y otras, aunque en teoría admiten la posibilidad del milagro, niegan, sin embargo, la Resurrección, porque, dicen, un hecho tan extraordinario necesita pruebas categóricas y perentorias que no se dan en favor de la Resurrección de Jesús.

Y, sin embargo, es de sentido común y admitido por todos los códigos que el autor de una ley puede derogarla ó suspenderla. Negar, por consiguiente, la posibilidad del milagro, equivale á afirmar que no existe autor alguno de la naturaleza; ya que, si éste existiera, indudablemente podría obrar el milagro, ó sea, suspender en un caso determinado la ley natural que él mismo habría hecho.

Por otra parte, decir que en favor de la Resurrección de Cristo no se dan pruebas claras y perentorias, es, ó mentir descaradamente, ó desconocer por completo el sagrado texto, porque precisamente ningún hecho ni prodigio de Cristo Nuestro Señor tiene tantos testimonios en favor suyo, como su gloriosa Resurrección. La conversión de los hombres más eminentes del Judaísmo y Gentilismo á la Religión cristiana, como San Esteban, San Clemente Romano, San Dionisio Areopagita, Gamaliel el Centurión, etcétera, etc.; los milagros obrados por los Apóstoles en confirmación de la Resurrección de Cristo, la transformación de éstos, antes tan tímidos y cobardes, y después tan fuertes en predicar á Cristo resucitado; el testimonio de los soldados que guardaban el sepulcro de Jesús, y sobre todo las distintas apariciones de Cristo resucitado á las piadosas mujeres, á María Magdalena, á los discípulos que van al castillo de Emans, á los Apóstoles San Juan y San Pedro, á todos los Apóstoles reunidos, primero sin Santo To-

más, y después estando presente también éste, á los once Apóstoles en Galilea, á muchos discípulos junto al mar de Tiberiades y á más de 500 hermanos, según atestigua San Pablo, son testimonio elocuentísimo é irrecusable del hecho de la Resurrección.



Explicación de las Virtudes.

Palabra escrita.—Su importancia.—Es medio de perfección.—Efectos de la lectura espiritual en S. Agustín, Sta. Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola.—Repugnancia á la lectura espiritual.—Cómo debemos leer para conseguir fruto.—De los periódicos.

Queda expuesto en artículos anteriores el provecho que hace al hombre ese vehículo poderoso de la idea que se llama palabra. Esta, ya pública, en la predicación de la Iglesia, ya privada en las enseñanzas de los directores espirituales, da luces al alma para seguir el camino de la perfección.

Pero esta palabra es oral. ¿Y la escrita? ¿Influirá en la educación del espíritu? ¿Quién lo duda? La lectura, es fuerza poderosa que impulsa á los hombres á la realización de acciones virtuosas ó de vicios repugnantes; ella, es la palanca que mueve la voluntad de los pueblos; vuelca los tronos y los levanta; vivifica el espíritu amortiguado de las naciones, ó las sumerge en los enervantes vicios que degradan; alumbra ó ciega, mata ó da vida. Al enseñar la verdad ó el error, hace bueno ó malo al hombre, porque en la verdad está el bien, y en el error la maldad. Que un hombre no lea más libros que los que yo le proporcione, y lo haré, ó un demonio, ó un santo.

Mas si esta influencia es tan vigorosa, la lectura sana, la lectura de libros devotos, de periódicos verdaderamente católicos, nos suministrará un medio innegable de perfección espiritual. Esta es la razón de que San Pablo dijera á su discípulo Timoteo: «Dedícate á la lectura» (1); pues el Apóstol veía en ella una fuerza avasalladora del espíritu.

Y si es cierto, que la predicación y la dirección por parte del confesor instruye, como somos á manera de lámparas, al no ir

(1) I á Timot., IV, 13.

constantemente poniendo combustible en nuestra alma, se apaga la luz. Este combustible siempre lo tenemos en los libros espirituales; pues como dice San Juan Crisóstomo (1): «Al hacer una lectura piadosa, el alma se purifica y llega á ser mejor, como si se hubiese ocupado de cosas divinas en el recinto del santuario... Leerlas, es un poderoso preservativo contra el pecado.... Aguijonean la conciencia, y al propio tiempo son de utilidad no pequeña para los que experimentan remordimientos».

En la lectura piadosa Dios abre los ojos del alma, para que vea todo lo que conduce á la salvación eterna; envía luz al entendimiento, y el entendimiento conoce la verdad. «Cuando leemos, el Señor nos habla», dice San Agustín (2), y al hablar el Señor, nos sentimos dulcemente enloquecidos con sus palabras, recibimos fuerzas, y nos disponemos á practicar la virtud. Por eso la lectura de los buenos libros ha producido chispas, que con frecuencia han caldeado intensamente los corazones de los hombres, y los han enviado á poblar los desiertos y los claustros, ó á regiones lejanas para salvar almas, y tejer para sí la corona del martirio.

¡A cuántos ha enardecido santamente la lectura de los libros piadosos! San Agustín, aquel hombre que bebió la iniquidad como el agua, enlodazándose en los pestilenciales charcos del error y del vicio más abominables, no se conmovió al ver correr las lágrimas de su madre amantísima. Una lucha terrible se había trabado en su alma, y las inquietudes y dudas más monstruosas hervían en su espíritu. ¡Qué situación más angustiosa! Se echó debajo de una higuera, como él mismo nos dice (3), y «brotaron de sus ojos dos ríos de lágrimas». Lloraba con amarguísimo dolor; pero las dudas no desaparecían. De pronto oye una voz, que canta y repite muchas veces estas palabras: «Toma y lee, toma y lee». Tomó el libro de las Epístolas de San Pablo, y abriéndolo, leyó: *No en banquetes ni embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y enulaciones; sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo.* Y al terminar de leer estas palabras, un rayo de luz clarísima penetró en su corazón, y todas las dudas se disiparon. Ya no es lobo que causa estragos en el re-

(1) Homilia II in verb. Isaiae.

(2) Serm. CXII, de Temp.

(3) Confesiones, Lib. VIII, c. 12.

baño de Cristo; es manso cordero que presenta su cabeza al Señor para que disponga de su vida.

¿Quién no sabe lo que hizo Sta. Teresa de Jesús por la lectura de un libro? Cuando las sonrisas de la niñez se posaban en sus labios, y su corazón, grande, como siempre lo fué, comenzaba á sentir los primeros amores por su Dios, cuando era niña todavía, lee las vidas de los santos, y en su pecho se enciende el deseo de sufrir el martirio. Mas no digamos que aquellos deseos eran débiles, no. Ella misma escribió (1): «Como veía en las *vidas de los santos* los martirios, que por Dios pasaban, parecíame que compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes, que *leía* haber en el cielo.... Juntábame con mi hermano á tratar qué medio habría para esto; concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, que nos descabezasen». Y, efectivamente, la niña con su hermanito salieron de la casa paterna, buscando el fin de su vida para pronto gozar de Dios. Pero Dios no lo quiso. Aquel corazón de ángel estaba reservado para amar más, y para que los suspiros que exhalase, formaran un hermosísimo canto de amor, cuyas armonías fueran llevadas en alas de los vientos por toda la tierra.

San Ignacio de Loyola, el esforzado capitán, que en Pamploña supo oponer su pecho al plomo enemigo para salvar el honor de la patria, lee un libro por entretenerse, mientras una enfermedad lo dominaba, y arrojando la espada, empuña la Cruz y la alza como bandera, para formar con los que á ella se acojan un ejército de soldados valientes que sabrán luchar y morir por la inmaculada Esposa del Cordero.

Muchos fueron, como son muchos, los que, movidos por las lecturas espirituales y piadosas, abrieron los ojos á la verdad.

LEYENDA

La sombra.

Vosotros los que al calor de la oscura chimenea buscáis asunto para entretener las veladas de invierno, escuchadme.

(1) *Vida, c. I.*

Los que en cada ruido que sentís os acordáis de la bruja del castillo encantado; los que en las gruesas gotas de otoño al chocar en los cristales de vuestra alcoba adivináis el conjuro de mil voces extrañas que pueblan los espacios, oidme.

No sé si será verdadera historia ó fervor calenturiento de mi loca imaginación.

Corre de boca en boca por los lugares de mi tierra y yo lo recogí como los moradores de las playas sus olvidadas conchas.

Si alguna lección se desprende quizá de mi relato, no olvidadla para que la enseñéis á vuestros hijos.

I.

En la ciudad de los grandes misterios, la de palmeras flexibles, la de rosas perpetuas, la ingrata Jerusalén de dura cerviz y corazón incircunciso, habían puesto sus altivas águilas orgullosas los estandartes romanos.

Un gobernador débil y pusilánime no sabía reprimir las algaradas continuas de los vencidos esclavos y lavadas sus manos en agua de hipócrita podredumbre, que salpicó su rostro, fué enviado, para que se las enjugara, á un lugar apartado de la ciudad deícida, enemigo de Roma y terror de sus Césares; á una playa de arenas de oro, de cármenes floridos y no interrumpida primavera.

Su vida se deslizaba tranquila al parecer y sus saraos y sus festines contrastaban con las turbaciones de su espíritu.

Tuvo una esposa elegida por Dios, que lo recriminaba incessantemente con los remordimientos de su conciencia; pero un día fué llamada al juicio último y Poncio respiró libremente, aunque no por completo. Sólo quedó sin aquella pesadilla horrible que días y mes y años le hablaba de la sangre del justo.

Del justo que para reanudar la amistad perdida con Herodes se lo envió, devuelto al rato vestido de blanca túnica, visión que en sus largas horas de insomnio jamás pudo borrar de su mente febril.

II.

Era una noche espléndida y serena, de cielo trasparente en cuya bóveda azulada brillaba en toda su plenitud la melancólica luna y el viento suspiraba dulcemente por entre las verdes hojas de los copudos árboles.

Cercado de placeres y entre damas hermosas contemplaba Poncio Pilatos la belleza sin rival de sus jardines desde una ventana de su fortaleza.

Tendió la vista por la espesura del bosque y á través de sus erguidas copas vió...

A nadie dijo lo que sus ojos miraron.

Dejó á sus cortesanas y ligero como saeta voladora salió exclamando: «Allí está. Lo he visto. Diré que es inocente».

Encaminó sus pasos á la fecunda alameda y un grito de espanto se escapó agudo de su pecho comprimido.

La sombra en pos de la cual corría había desaparecido.

Un pardo girón de nubes importuno veló el rostro de la luna y la oscuridad y el silencio reinaron á su alrededor.

—«No estará lejos; le seguiré», exclamó; y comenzó á andar, andar por entre abrojos y entre flores.

Salió del jardín y al llegar á las altas murallas de la ciudad vió sobre el muro macizo la pálida silueta de un hombre con larga túnica.

—«Ese es»: dijo. Y partió.

Y antes de tocar con sus crispadas manos el muro de granito, se detiene, fija los espantados ojos en el cielo y otra vez la engañosa luna se había ocultado avergonzada.

III.

—¡Lo he de encontrar! ¿Cómo? No sé. ¿Cuándo? Enseguida. Mañana. Hoy. Ahora mismo.

Cansado y sudoroso volvió á su palacio á las seis de la mañana.

Sus damas y cortesanos lo aguardaban impacientemente.

—¿Dónde habéis estado?

—Tras de una sombra.

—No queráis, mi dueño y señor, fingir melancolías. No sois tan viejo. Reprimid las tristezas y gozad. Tenéis oro.

—¿Oro? Su brillo siniestro huye como la sombra.

—Aquí todos buscamos vuestros gustos y alegrías. Pasad la vida en juegos y placeres.

—¿Placeres? ¡Sombras! ¡Sombras no más!

—¿Quién sabe si el César Augusto os devolverá la amistad, cuando vuestra inocencia se patentice?

—¡Mi inocencia! ¡El César! ¡La amistad! ¡Sombras envenenadoras del corazón!

—¿Queréis que os cantemos una canción amorosa mientras el ingrato sueño rebelde acude á vuestros párpados?

—¡Sueños! ¡Canciones amorosas! ¡Amor! ¡No, no! ¡Dejadme!

Y se incorporó sobre el blando mullido lecho, y con una mueca de amarguísima ira mandó retirarse á todos sus cortesanos.

IV.

Han pasado seis meses, durante los cuales no ha visto más Poncio Pilatos la sombra en el jardín, pero jamás se aparta de sus ojos.

Cercado otra vez de placeres y entre damas hermosas contemplaba la belleza de sus jardines desde una ventana de su fortaleza y allá á lo lejos un rayo de luna trasparente como el brillar argentado del murmurador arroyo hirió sus pupilas tristes.

—Ya lo alcancé. Esta noche no se me escapa. Allí está. Lo veo.

Y bajó y partió apresuradamente, locamente por el jardín.

Y mientras más andaba más el rayo de luna huía de él pintando en todas partes la silueta de un hombre.

De un hombre vestido con una larga túnica blanca.

Y luego entre el tupido follaje la figura de un hombre vestido de púrpura, con una caña hueca en la mano, con una corona de espinas en la cabeza.

Y lo miraba. Y él lo veía. Y el pavor y el miedo como losa de plomo, como si Dios lo estrujara entre sus brazos.

Cruzó el jardín, el bosque, campos, prados, rocas, sierras.

Un ligero temblor nervioso agita sus miembros, un temblor que crece, crece, se aumenta y delirante y loco y ciego prorrumpe al fin en una carcajada horrible, sonora, estridente, como de piedras que chocan sobre piedras y como rayo que se rompe contra diamantina roca.

—Ya es mío.

Había visto al hombre.

Era un rayo de luna. Era la luna ensangrentada que rielaba tranquilamente sobre la superficie serena del soberbio mar Mediterráneo.

Cruzó la playa arenosa, crujían las conchas bajo sus pesadas plantas y se internó en el mar.

En el mar que despertó y rugió irónicamente.

Y andar, andar orilla adentro y la sombra de la luna siempre delante de él.

Va á cogerla y no la alcanza. Huye veloz:

El agua salobre le llega hasta la cintura, desceñida y floja.

No la siente.

Sólo percibe angustioso el vértigo de la sombra.

Ya las olas le sujetan muy cerca de los brazos.

Los alza frenético, los extiende hacia adelante.

—¡No te me escaparás ahora!

Y con ímpetu furioso se arrojó sobre las encrespadas olas vengativas.

V.

A la noche siguiente y en el alto mar besaba al cadáver de Pilatos un rayo de luna como último perpetuo beso de la divina venganza justiciera.

Y parece como si anhelara empujarlo hasta el fondo.

Hasta el fondo de los abismos.

VI.

No sé si será verdad histórica ó hervor calenturiento de mi oca imaginación.

¡ Corre de boca en boca por los lugares de mi tierra, y yo lo recogí como los moradores de las playa sus nacaradas conchas.

Si alguna lección se desprende, acaso, de mi leyenda, no olvidadla para que la enseñéis á vuestros hijos.

Luego... rogad por los que mueren.

¡Ah! Rogad también por los vivos.

Liturgia.

(Continuación).

San Gregorio Niceno, San Ambrosio, San Máximo de Turín, San León, San Bernardo y los más ilustres liturgistas, sienten un delirante entusiasmo por este profundo misterio, que el Criador del universo ha impreso en su obra, á la vez natural y sobrenatural; y veremos que las oraciones continúan haciendo alusión al tiempo de Navidad, de igual manera que al tiempo de Adviento,

«En este día que el Señor nos ha proporcionado, dice San

Gregorio Niceno en su homilía sobre la Natividad, las tinieblas empiezan á decrecer, y la luz, tomando nuevo cuerpo, va rechazando el imperio de las sombras. Ciertamente, hermanos míos, que no hemos de ver en ello una mera casualidad, ni un vano capricho, al suceder precisamente en el día en que resplandece Aquel que es la vida divina de la humanidad; la naturaleza misma es la que, bajo ese símbolo, revela, sobre todo á aquellos cuya mirada es penetrante, el arcano que encierra esta circunstancia del advenimiento del Salvador. Parece oírle decir: Sabe, ¡oh hombre!, que bajo las cosas materiales que ves se te revelan ocultos misterios. La noche, como has podido ver, ha llegado á su mayor duración, y de repente se estaciona en su curso. Piensa en la funesta noche del pecado, que había llegado á su apogeo á causa de los artificios culpables: desde hoy queda cortado su rápido curso. Durante esta fecha empieza á acortar, y no tardará mucho en desaparecer. Considera todavía los brillantes rayos del sol, astro que parece levaniarse con nueva vida hacia el cielo, y verás al propio tiempo extenderse sobre el universo entero la verdadera luz del Evangelio».

Regocijémonos, hermanos míos, exclama á la vez San Agustín, pues este día es sagrado, no por el sol visible y material, sino por el nacimiento del Creador invisible del sol. El Hijo de Dios ha elegido para nacer este día, del mismo modo que ha escogido una Madre, siendo á la vez creador del Día y de la Madre. Este día, en que la luz recobra nuevo crecimiento, era, en efecto, el más propio para significar la misión de Cristo, que, por medio de su gracia, renueva sin cesar el hombre interior. El Creador eterno, al decretar nacer en el tiempo, era preciso que el día de su nacimiento estuviese en armonía con su creación temporal» (1).

En otro sermón sobre la misma festividad, el Obispo de Hipona nos da la clave de una misteriosa palabra de San Juan Bautista, que confirma admirablemente el pensamiento tradicional de la Iglesia sobre el particular. Había dicho el Santo Precursor, hablando de Jesús: «Es preciso que él crezca y que yo mengüe» (2): sentencia profética que, en su sentido literal, significaba que la misión de San Juan Bautista tocaría á su término tan pronto como el Salvador comenzase la suya; pero hemos de descubrir con San Agustín un segundo misterio en dichas palabras: «Juan vino al mundo, continúa el mismo Santo Doctor, cuando los días empiezan á acortar, mientras que el Cristo nació cuando comienzan á alargarse» (3). Todo, pues, es aquí místico, no sólo la aparición del astro del Precursor en el solsticio de verano, sino que también, y con más fundamento, el amanecer del divino Sol en la estación de las tinieblas.

(1) Serm. in Natal. Domini, III.

(2) Ioann., III, 30.

(3) Serm. in Natal. Dñis. XI.

(Concluirá).

Noticias generales.

El Gobernador de Jaén ha dirigido á los Alcaldes de la provincia una enérgica circular para que sean severamente castigados todos aquellos que profieran blasfemias, y el de Zaragoza, D. Saturnino Santos y Ruiz Zorrilla, un bando con el fin de desterrar tan censurado vicio.

*** Por iniciativa del Sr. Baztán, Obispo de Oviedo, se ha abierto una suscripción pública en aquella diócesis, encabezándola él con una fuerte suma, para edificar en San Esteban de Pravia un templo bajo la advocación del primer mártir del Cristianismo.

*** Con la firma del Excmo. Sr. Obispo de Jaca, ilustre literato, y de otros distinguidos escritores se ha publicado un Boletín de suscripción para el monumento que se proyecta erigir en Villadiego (Burgos) en memoria del célebre historiador español Fr. Enrique Flórez, autor de la monumental obra *España Sagrada*. El eminente escultor Sr. Marinas se ha ofrecido á modelar gratuitamente la estatua. La suscripción asciende á 9.000 pesetas.



Santorial.

Día 15, Domingo. *Pascua de Resurrección*. Stos. Victoriano y Crescente, mrs., S. Benito, cf., y Santas Basilia y Anastasia, mrs.

Día 16, lunes. Stos. Toribio, ob. y cf., Lamberto y Ceciliano, mrs., y Stas. Engracia y Julia, mrs.

Día 17, martes. Stos. Aniceto, pp. y mr., Benito y Elías, pbro., Bta. María Ana de Jesús, vg.

Día 18, miércoles. Stos. Apolo-

nio, mr., Perfecto, pbro., Galvino, card. y cf., y Sta. Autia, mr.

Día 19, jueves. Stos. León IX, pp. y cf., Hermógenes, mr., Crescencio, cf., y Stas. Galata y Crédula, mrs.

Día 20, viernes. Stos. Sulpicio y Antonio, mrs., y Sta. Inés de Monte Policiano, vg.

Día 21, sábado. Stos. Anselmo, ob., cf. y dr., Simeón, ob., y Sta. Alejandra, mr.